Núm. 7.

## PRIMERA PARTE
## de la admirable historia del Principe Filisberto de Esparta, y de la Princesa de Dinamarca.

NO canto auditorio insigne,
ilustre quanto discreto,
las portentósas hazañas
de Hercules, ni el gran Pompeyo,
ni las de nuestro Bernardo,
ni del Cid tan raros hechos,
ni de principes y Reyes
victorias y vencimientos,
que solo canto de uno,
que aunque Principe en efecto,
en las batallas de amor
tuvo vencidos troféos,
para dexar á la fama,
que divulgue en todo tiempo;
y porque en bronce se escriba
este admirable suceso
de un Principe valeroso,
que enamorado perfecto,
venció imposibles de amor
con un hermoso compendio.
Mas para que el cómo sepan,
atencion pido, supuesto,
que quando mandan cantar,
se halla debido el silencio.
Tuvo el Rey de Dinamarca
una hija, todo un Cielo,
un portento de hermosura,
como emulacion de Venus:
Era arrogante, y soberbia;
de que lo sea no es nuevo,
porque siempre la hermosura
es altiva con desprecio.
Discretos Principes muchos
por esposa la pidieron,

y

y á todos los desechaba,
porque se hacia un concepto,
que el sujetarse á un Varon
es gran pena si hay despego.
Era pasmo de la Corte,
miraba á diestro y siniestro,
porque en sus ojos traia
la vida, muerte y veneno.
Mas el Principe de Esparta,
de esta Dama conociendo
su altivéz y su rigor,
se fué en amor encendiendo;
y fué por haber hallado
un Pintor de raro ingenio,
que le copió esta hermosura,
ó Angel en todo bello.
En vivos zelos se ardia,
y decia: Hermoso dueño,
si como el Cielo te dió
esa hermosura, tu pecho
no fuera diamante duro,
quaxado en cristales tersos,
y con mas benevolencia
miráran tus ojos bellos:
¡ó cómo yo me atreviera,
Aguila yo de mi mesmo,
á remontar hasta el Sol,
sus rayos y luz bebiendo!
Mas hoy tal amor me incita
á esta empresa que pretendo,
calzandome el viento alas
como espuelas calzó el viento:
el partir a Dinamarca
disfrazado Caballero,
sin que nadie me conozca,
á ver si acaso en efecto,
tienes amor por tí sola,
ó mas acaso encubierto,
ó tu destino te lleva,
para todo su despeño.
Principe de Esparta soy,
mas yo seré Aventurero,
que jamás en pechos nobles
caben agüeros ni miedos.
Y tomando de esta suerte,
no galas sino dineros,
un caballo sin criados,
cogió un camino bien lexos.
Llevó consigo tambien
el Retrato verdadero
de su imagen y presencia
del Principe Filisberto,
que era su nombre propio,
y caminando ligero,
llegó, pues, à Dinamarca;
el caballo vendió luego,
y con un vestido humilde
andabase à lo secreto,
escucha de la Princesa
algo en nobles y plebeyos.
Vióla una vez que salia
á su gran divertimiento,
que era á la caza del monte,
con sus damas y Monteros,
y si antes enamorado
vivia pues, como ciego,
ahora á la vista suya,
rendido queda â su objeto,
siendo á sus hermosos ojos
con libertad prisionero.
Lo bizarro de su talle,
como lo galán del cuerpo,
ayrósa con mucha gracia,
garvosa con mucho aseo,
y por extremo discreta,
admirable en todo tiempo.
Decia: Hermosa deydad,
beldad, no subas al Cielo, á

á donde sin alma dexes
á quien por ti está muriendo.
¡O milagro de hermosura!
el pincel fué muy grosero
de este retrato que traigo,
asi lo aseguro es cierto,
pues no dibuxó las lineas
de tu rostro, hermoso Cielo.
Como se iba alexando
sobre un hijo de los vientos,
al menear de las manos,
parece que dice él mesmo:
Yo soy el velóz Pegaso,
y la que aqui llevo es Venus
pues compitiendo á Minerva,
emulaciones emprendo.
El Principe la diria,
llevando el ayre sus écos:
Espera, discreta *Diosa*,
que soy con llantos Orféo.
Finalmente de esta suerte
se andaba asi Filisberto,
sin ser jamás conocido
en talle, cara, ni cuerpo.
Rondaba, pues, el Palacio,
y solia entrarse dentro;
oyendo aquí, viendo allí,
recatado, honesto y cuerdo;
pero no hallando jamás
un átomo el mas pequeño,
para poder dar noticias
de su notable desvelo.
Mas fué el caso, que faltó
á este tiempo un Jardinero
de los jardines del Rey,
ricos laberintos nuevos.
Tuvo el Principe noticias,
habló en la materia luego,
y por último quedó
sirviendo al Rey Clodoveo;
y en sus fecundos jardines,
que por lo rico y ameno,
cierto de Frigia los rayos
pudieran ser un bosquexo,
fué Jardinero mayor,
teniendo todo el gobierno
en cultivar varias flores,
mas era otro su intento.
Del quarto de la Princesa,
estaba baxo del suelo
una ventana, por donde
gustaba olores excelsos
de Nardos, Rosas, Claveles,
y Azucenas con aseos,
tanta variedad de flores,
que por prolijas las dexo.
Miró al Jardinero a veces,
y él hizo tambien lo mesmo:
avivando cada dia
con leña el activo fuego.
Pareciale galan,
aunque en trage tan modesto;
que es condicion de mugeres
coger lo peor del tiempo.
Filisberto disimula,
calla y mira por momentos.
Junto á un quadro de jazmines,
gozando perfumes bellos
estaba, que la ventana
caía al sitio derecho,
con el Retrato que traxo
de ella, hablando amante y tierno,
y en la razon conoció
que seria Caballero.
Mas al fin, como curiosa,
muger en fin, al momento
baxó al Jardin ( ¡qué delirio! )
contra su decoro honesto, sin

sin duda á su precipicio,
con tan raro desacierto;
se despeñó otro Faetonte,
en ansias tantas ardiendo.
Quien á Principes no estima
bizarros, ahora vemos
(quizá de Dios castigada)
humillada á un Jardinero.
Vióla venir á su lado
una dama: mas él luego
se fingió loco, por vèr
lo que resulta de aquesto.
Las dos llegaron a hablarle,
y él dixo: Ola, ¿qué veo?
¿son ellas las Principonas
ó quien? ¡valgalas el Cielo!
Confusa quedó Rosaura;
juzgó que hubiese á lo menos
mas capaz alma en aquèl
tan peregrino sugeto.
En fin por ver el Retrato,
le dixo: A ver, Caballero,
¿qué es aquesto? Y él dixo, ¿Qué?
¿una Santa no está viendo?
Mostróle el Retrato, y ella
se admiró toda de verlo,
pues era la misma copia
de su original tan bello.
Hombre, le dixo: ¿de donde
hubiste á tus manos esto,
que Retrato mio es?
Y él dixo: ¡Donoso cuento!
¿no vé que es una Santíca
muy linda, y á lo que entiendo,
es Santa María èsta?
¿qué vienen con embelecos?
Duquesa, este es mi Retrato:
Princesa, no hay duda en ello:
hombre, ¿quién te lo dió á tí?
Quien; me costó mi dinero.
Ese Retrato has de darme,
sí se lo daré por cierto,
si ella un abrazo me dá.
¿Pues cómo asi desatento
hablas conmigo? ¿No veis
que soy, ignorante y necio,
Princesa de Dinamarca?
Pues ¿qué se me dá á mi de eso?
vaya con su Princería,
y hagale muy buen provecho.
Mas en fin por alcahuetas
hay maldades, y asi fué esto,
que fué causa la Duquesa,
haciendo burla en efecto,
de que un abrazo le diese,
quedó abrasada á su fuego,
confusa, y enamorada,
que en mugeres son defectos
inclinarse á lo peor,
y en ellas esto no es nuevo.
El Principe de esta suerte
quedó alentado y contento.
Donde á esta primera parte,
noble auditorio discreto,
Manuel Martin le dá fin,
y la segunda comienzo.

Con licencia: En Sevilla, Por la Viuda de Vazquez y Compañia.
Año de 1816.